

che adonde está mi señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino, y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrió á su bordon, y se apartaron.

CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.

El haberse detenido Sancho con Ricote, no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo oscura y cerrada; pero como era verano, no le dió mucha pesadumbre: y así se apartó del camino, con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayéron él y el rucio en una honda y escurísima sima, que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos: y no fué así, porque á poco mas de tres

estados dió fondo el rucio, y él se halló encima dél, sin haber recibido lision, ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estaba sano, ó agujereado por alguna parte: y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dixo entónces Sancho Panza, y quan no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dixera, que el que ayer se vió entronizado Gobernador de una Insula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habrémos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos

morimos ántes , el de molido y quebrantado , y yo de pesaroso : á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quixote de la Mancha , quando descendió y baxó á la cueva de aquel encantado Montesinos , donde halló quien le regalase mejor que en su casa , que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles , y yo veré aquí , á lo que creo , sapos y culebras. ¡ Desdichado de mí , y en que han parado mis locuras y fantasías ! De aquí sacarán mis huesos , quando el Cielo sea servido que me descubran , mondos , blancos y raidos , y los de mi buen rucio con ellos , por donde quizá se echará de ver quien somos , á lo ménos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno , ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡ miserables de nosotros ! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros , donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia , no faltara quien della se doliera , y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡ O compañero y amigo mio , que mal pago te he dado de tus buenos servicios ! Perdoname , y pide á la fortuna

en el mejor modo que supieres , que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos , que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza , que no parezcas sino un laureado poeta , y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza , y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna : tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente , habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones , vino el día , con cuya claridad y resplandor vió Sancho , que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo , sin ser ayudado , y comenzó á lamentarse y dar voces , por ver si alguno le oía ; pero todas sus voces eran dadas en desierto , pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle , y entónces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba , y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie , que apenas se podía tener , y sacando de las alforjas , que tambien habian corrido la mesma fortuna de la caída , un pedazo de pan , lo dió á su jumento , que no le supo mal , y dixo le Sancho , como si lo entendiera : todos los duelos con pan son buenos. En esto des-

cubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo, y púdolo ver, porque por lo que se podia llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra cavidad espaciosa, viendo lo qual, volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras, y á veces sin luz; pero ninguna vez sin miedo. ¡Válame Dios todo poderoso! decia entre sí: esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quixote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir desta escuridad y estrechez á algun florido prado; pero yo sin ventura, fulto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debaxo de

los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme. Bien véngas mal, si vienes solo. Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habia caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba; que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le dexa Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quixote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguizado, que malamente le tenían fecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon, ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo per-

cebir y entender que el que las daba decía: ha de arriba; hay algun christiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterado en vida? ¿de un desdichado desgobernado Gobernador? Parecióle á Don Quixote, que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: ¿quien está allá abaxo? ¿quien se queja? ¿Quien puede estar aquí, ó quien se ha de quejar? respondiéron, sino el asendereado de Sancho Panza, Gobernador por sus pecados y por su mala andanza de la Insula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quixote de la Mancha. Oyendo lo qual Don Quixote, se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí pensando su alma, y llevado desta imaginacion, dixo: conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime que quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pue-

den ayudarse por sí propios. Desamane-
ra, respondiéron, Vuesa Merced que me habla, debe de ser mi señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. Don Quixote soy, replicó Don Quixote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quien eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanza: por eso acaba de declararte y dime quien eres. Voto á tal, respondiéron, y por el nacimiento de quien Vuesa Merced quisiere, juro, señor Don Quixote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dexado mi gobierno por cosas y causas, que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, dondè yago, y el rucio conmigo, que no me dexará mentir, pues por mas señas está aquí commi-

go. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dixo Don Quixote, el rebuzno conozco, como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho ¹⁰ mio: espérame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya Vuesa Merced, dixo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexóle Don Quixote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar como habia dexado el gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, lleváron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacáron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dixo: desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos



Isidro y Ant.ª Compañeros de alba.

Ballestero de gochil.

Gobernadores , como sale este pecador del profundo del abismo , muerto de hambre , descolorido y sin blanca , á lo que yo creo. Oyólo Sancho , y dixo : ocho dias , ó diez ha , hermano murmurador , que entré á gobernar la Insula que me diéron , en los quales no me vi harto de pan siquiera un hora : en ellos me han perseguido médicos , y enemigos me han brumado los huesos , ni he tenido lugar de hacer cohechos , ni de cobrar derechos : y siendo esto así , como lo es , no merecia yo , á mi parecer , salir desta manera ; pero el hombre pone y Dios dispone , y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno , y qual el tiempo tal el tiempo , y nadie diga desta agua no beberé , que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas : y Dios me entiende y basta , y no digo mas , aunque pudiera. No te enojas Sancho , ni recibas pesadumbre de lo que oyeres , que será nunca acabar : ven tú con segura conciencia , y digan lo que dixeren , y es querer atar las lenguas de los maldicientes , lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el Gobernador sale rico de su gobierno , dicen dél , que ha sido un ladron , y si sale pobre , que ha sido un para poco y un mentecato. A buen seguro , respondió

Sancho, que por esta vez ántes me han de tener por tonto, que por ladrón. En estas pláticas llegaron rodeados de muchos y de otra mucha gente al castillo adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quixote y á Sancho, el qual no quiso subir á ver al Duque, sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia, que habia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus señores, ante los quales puesto de rodillas, dixo: yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, fuí á gobernar vuestra Ínsula Barataria, en la qual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el Doctor Pedro Recio natural de Tirtafluera, médico insulano y goberna-doresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la Ínsula, que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios, como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiem-

po yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta, que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así ántes que diese conmigo al traves el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al traves, y áyer de mañana dexé la Ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia quando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metidome en grangerías: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas, que no hacerlas. Salí, como digo, de la Ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el Cielo ¹¹ á mi señor Don Quixote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro Gobernador Sancho Panza, que ha grangeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, conocer ¹² que no se le ha de dar nada por ser Gobernador, no que de una Ínsula, sino de todo el mundo, y con este

presupuesto, besando á Vuesas Mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quixote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo ménos, y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quixote, que habia de decir en ella millares de disparates, y quando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al Cielo, y el Duque abrazó á Sancho, y le dixo que le pesaba en el alma de que hubiese dexado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte, que se le diese en su estado otro oficio de ménos carga y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla, que pasó entre Don Quixote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez.

No quedáron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le diéron, y mas, que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias: y finalmente les encareció el asalto de la Insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia, que se llegó el dia de la batalla aplazada, y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos como se habia de avenir con Don Quixote para vencerle, sin matarle, ni herirle, ordenó, que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quixote, que no permitia la christiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba cam-

po franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio, que prohíbe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que Su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado pues el temeroso día, y habiendo mandado el Duque, que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre y hija demandantes, había acudido de todos los Lugares y Aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habían visto, ni oído decir en aquella tierra los que vivían, ni los que habían muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el Maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni otra cosa encubierta, donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quixote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, aso-

mó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambornado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de como se había de portar con el valeroso Don Quixote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposito le pedía: llamó el Maese de Campo á Don Quixote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles, si consentían que volviese por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese, lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería, que caía sobre la estacada, toda la qual estaba coronada de infinita gen-

te , que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si Don Quixote vencía , su contrario se habia de casar con la hija de Doña Rodriguez , y si él fuese vencido , quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia sin dar otra satisfacion alguna. Partiéron el Maestro de las ceremonias el sol , y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores , llenó el ayre el son de las trompetas , temblaba debaxo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba , temiendo unos , y esperando otros el bueno , ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente Don Quixote , encomendándose de todo corazon á Dios nuestro Señor , y á la señora Dulcinea del Toboso , estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida ; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos : no pensaba él sino en lo que agora diré. Parece ser , que quando estuvo mirando á su enemiga , le pareció la mas hermosa muger , que habia visto en toda su vida , y el niño cequezuelo , á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles , no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna , y ponerla en la

lista de sus trofeos , y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese , le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo , y le pasó el corazon de parte á parte : y púdolo hacer bien al seguro , porque el amor es invisible , y entra y sale por do quiere , sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues , que quando diéron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado , pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad , y así no atendió al son de la trompeta , como hizo Don Quixote , que apenas la hubo oido , quando arremetió , y á todo el correr que permitia Rocinante , partió contra su enemigo , y viéndole partir su buen escudero Sancho , dixo á grandes voces : Dios te guie , nata y flor de los andantes caballeros : Dios te dé la vitoria , pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quixote , no se movió un paso de su puesto ; ántes con grandes voces llamó al Maese de Campo , el qual venido á ver lo que queria , le dixo : señor ¿ esta batalla no se hace porque yo me case , ó no me case con aquella señora ? Así es , le fué respondido. Pues yo , dixo el lacayo , soy temeroso de mi

conciencia, y pondría en gran cargo, si pasase adelante en esta batalla, y así digo, que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el Maese de Campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometía. El Duque no sabía la ocasión por que no se pasaba adelante en la batalla; pero el Maese de Campo le fué á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba, y dixo á grandes voces: yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleytos, ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quixote, y dixo: pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El Duque había baxado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos, le dixo: ¿es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa

conciencia os queréis casar con esta doncella? Si señor, respondió Tosilos. Él hace muy bien, dixo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Íbase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro del lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez y su hija dando grandes voces, dixéron: este es engaño, engaño es este, á Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del Rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dixo Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería, y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los quales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de nuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del Duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais al-

canzar por esposo. El Duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dixo: son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quixote, que estoy por creer, que este mi lacayo no lo es, pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince días, si quieren, y tengamos encerrado á este personaje, que nos tiene dudosos, en los quales podría ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quixote, y mas yéndoles tan poco en usar destes embelecos y transformaciones. O señor! dixo Sancho, que ya tienen estos malandriues por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino, que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. Á lo que dixo la hija de Rodríguez: séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser muger legitima de un

lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos paráron en que Tosilos se recogiese, hasta ver en que paraba su transformación. Aclamáron todos la vitoria por Don Quixote, y los mas quedáron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ó la parte, ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y Don Quixote al castillo, encerráron á Tosilos, quedáron Doña Rodriguez y su hija contentisimas de ver que por una via, ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba ménos.

CAPÍTULO LVII.

Que trata de como Don Quixote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenrouelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba

ser grande la falta que su persona hacia en dexarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleytes, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y pareciale que habia de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronselo con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dexase. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dixo: quien pensara, que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno quando ella las envió, y está puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestran agradecidos. En efecto, yo entré des-

nudo en el gobierno y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida, y saliendo Don Quixote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Miráble de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y respuesto contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quixote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desennuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dixo:

*Escucha, mal caballero,
deten un poco las riendas,
no fatigues las hijadas
de tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,*

sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la mas hermosa doncella,
que Diana vió en sus montes,
que Vénus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ; llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
y unas ligas de unas piernas,
que al mármol puro se igualan
en lisas , blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que á ser de fuego , pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno , fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe , allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero,
las entrañas sean tan tercas
y tan duras , que no salga
de su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes,

lleve la triste la pena:
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno , fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe , allá te avengas.

Seas tenido por falso,
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres á Inglaterra.
Si jugares al reynado,
los cientos , ó la primera,
los reyes huyan de ti,
ases , ni siete no veas.
Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones,
si te sacares las muelas.
Cruel Vireno , fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe , allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha
dicho se quejaba la lastimada Altisidora , la
estuvo mirando Don Quixote , y sin res-
ponderla palabra , volviendo el rostro á

Sancho , le dixo : por el siglo de tus pasados , Sancho mio , te conjuro , que me digas una verdad : dime ¿ llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? Á lo que Sancho respondió : los tres tocadores sí llevó ; pero las ligas , como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altsidora , que aunque la tenia por atrevida , graciosa y desenvuelta , no en grado , que se atreviera á semejantes desenvolturas : y como no estaba advertida desta burla , creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donayre , y dixo : no me parece bien , señor caballero , que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho , os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos , si por lo mas las ligas de mi doncella : indicios son de mal pecho , y muestras que no corresponden á vuestra fama : volvedle las ligas , si no yo os desafio á mortal batalla , sin tener temor , que mandrines encantadores me vuelvan , ni muden el rostro , como han hecho en el de Tosilos mi lacayo , el que entró con vos en batalla. No quiera Dios , respondió Don Quixote , que yo desenvayne mi espada contra vuestra ilustrísima persona , de quien

tantas mercedes he recibido : los tocadores volveré , porque dice Sancho que los tiene , las ligas es imposible , porque ni yo las he recebido , ni él tampoco , y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos , á buen seguro que las halle. Yo , señor Duque , jamas he sido ladrón , ni lo pienso ser en toda mi vida , como Dios no me dexé de su mano. Esta doncella habla ²⁴ , como ella dice , como enamorada , de lo que yo no le tengo culpa , y así no tengo de que pedirle perdon , ni á ella , ni á Vuestra Excelencia , á quien suplico me tenga en mejor opinion y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno , dixo la Duquesa , señor Don Quixote , que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechorías , y andad con Dios , que mientras mas os deteneis , mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran , y á la mia yo la castigaré de modo , que de aquí adelante no se desmande con la vista , ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches , ó valeroso Don Quixote , dixo entónçes Altsidora , y es , que te pido perdon del latrocinio de las ligas , porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas , y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno , le

buscaba. No lo dixes yo, dixo Sancho, bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me había venido la ocasion en mi gobierno. Abaxó la cabeza Don Quixote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII.

Que trata de como menudeáron sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Quando Don Quixote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho, le dixo: la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres diéron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario,

el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dexamos, hemos tenido: pues en metad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dexan campear el ánimo libre. Venturoso aquel á quien el Cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo Cielo. Con todo eso, dixo Sancho, que Vuesa Merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que como píctima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon, para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez topáremos con algunas ventas donde nos apaléen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, quando viéron, habiendo andado poco mas de

una legua , que encima de la yerba de un pradillo verde , encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas , con que cubrían alguna cosa que debaxo estaba : estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó Don Quixote á los que comían , y saludándolos primero cortesmente , les preguntó , que que era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno dellos le respondió : señor , debaxo destes lienzos están unas imágenes de relieve y entalladura , que han de servir en un retablo , que hacemos en nuestra aldea : llevámoslas cubiertas , porque no se desfloren , y en hombros , porque no se quiebren. Si sois servidos , respondió Don Quixote , holgaria de verlas , pues imágenes que con tanto recato se llevan , sin duda deben de ser buenas. Y como si lo son , dixo otro , si no digalo lo que cuestan , que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados , y porque vea Vuesa Merced esta verdad , espere Vuesa Merced , y verla ha por vista de ojos : y levantándose dexó de comer , y fué á quitar la cubierta de la primera imagen , que mostró ser la de San Jorge puesto á caba-

llo con una serpiente enroscada á los pies , y la lanza atravesada por la boca , con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecia una ascua de oro , como suele decirse. Viéndola Don Quixote , dixo : este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina : llamóse Don San Jorge , y fué ademas defensor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre , y pareció ser la de San Martin , puesto á caballo , que partía la capa con el pobre , y apenas la hubo visto Don Quixote , quando dixo : este caballero tambien fué de los aventureros christianos , y creo que fué mas liberal , que valiente , como lo puedes echar de ver , Sancho , en que está partiendo la capa con el pobre , y le da la mitad , y sin duda debía de ser entónces invierno , que si no él se la diera toda , según era de caritativo. No debió de ser eso , dixo Sancho , sino que se debió de atener al refran que dicen : que para dar y tener , seso es menester. Rióse Don Quixote , y pidió que quitasen otro lienzo , debaxo del qual se descubrió la imagen del Patron de las Españas á caballo , la espada ensangrentada , atropellando moros y pisando cabezas , y en viéndola dixo Don Quixote : este sí

que es caballero y de las esquadras de Christo, este se llama Don San Diego Matamoros, uno de los mas valientes Santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene agora el cielo. Luego descubriéron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de San Pablo del caballo abaxo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Quando le vido tan al vivo, que dixeran que Christo le hablaba y Pablo respondia: este, dixo Don Quixote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, Doctor de las gentes, á quien sirviéron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesuchristo. No habia mas imágenes, y así mandó Don Quixote, que las volviesen á cubrir, y dixo á los que las llevaban: por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos Santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el exercicio de las armas, sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron Santos y peleáron á lo divi-

no, y yo soy pecador y peleo á lo humano. Ellos conquistáron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oygá, y el pecado sea sor-do, dixo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres, así de la figura, como de las razones de Don Quixote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabáron de comer, cargáron con sus imágenes, y despidiéndose de Don Quixote, siguiéron su viage. Quedó Sancho de nuevo como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole, que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díxole: en verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy, se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della habemos salido sin palpales y sobresalto alguno, ni hemos echa-

G iij

do mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dexado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dixo Don Quixote; pero has de advertir, que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destes agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un frayle de la orden del Bienaventurado ¹⁵ San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviere obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias, con cosas tan de poco momento como las referidas. El ¹⁶ discreto y christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el Cielo. Llega Cipion á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo, dixo: no te me podrás huir, África, porque te tengo

asida y entre mis brazos. Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes, ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que Vuesa Merced me dixese ¿que es la causa por que dicen los españoles, quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? ¿ó que ceremonia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quixote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja, háselo dado Dios á España por Patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman, como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos esquadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos exemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dixo á su amo: maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altsidora la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que

llaman amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien, que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dixo Don Quixote, que el amor, ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los Reyes, como las humildes chozas de los pastores, y quando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion, que lástima. ¡Crueldad notoria! dixo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir, que me rindiera y avasallara la mas mínima razon amofosa suya. Hídeputa; y que corazon de mármol, que entrañas de bronce y que alma de argamasa! Pero no puedo pensar, que es lo que vió esta doncella en Vuesa Merced que así la rindiese

y avasallase. ¿Que gala, que brio, que donayre, que rostro, que cada cosa por sí destas, ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á Vuesa Merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar, que para enamorar, y habiendo yo tambien oido decir, que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo Vuesa Merced ninguna, no sé yo de que se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió Don Quixote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo, y quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con impetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo, que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme: y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma, que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando

por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar que pudiese ser aquello, dixo á Sancho: paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloso Dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, así la rompiera, como si fuera de juncos marinos, ó de hilachas de algodón: y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabi de oro: traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos

del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de roxo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quixote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos quatro. En fin quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dixo á Don Quixote: detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes, que no para daño nuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar, para que se han puesto, y quien somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aqui, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mugeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelen-

tísimo Camões en su misma lengua portuguesa, las quales hasta agora no hemos representado: ayer fué el primero día que aquí llegámos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples paxarillos, que oxeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortesmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre, ni la melancolía. Calló, y no dixo mas: á lo que respondió Don Quixote: por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso, ni admirado Anteon, quando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradecidos, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras perso-

nas representa: y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exágeracion, ved que os lo promete por lo ménos Don Quixote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oídos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dixo entónces la otra zagala, y que ventura tan grande nos ha sucedido! Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber, que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, sino es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dixo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que Vuesa Merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quixote de la Mancha, historiado y referido. Ay! dixo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oído yo decir de su valor y de sus

gracias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dixo Don Quixote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dexan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los quatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas, que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quixote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder Don Quixote, y así lo hizo. Llegó en esto el oxco, llenáronse las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedáron enteradas

de quienes eran Don Quixote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, halláron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honráron á Don Quixote, dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quixote la voz y dixo: entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en quanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y quando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras si pudiese, porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infi-

nita distancia, y esta estrechez y corte-
dad en cierto modo la suple el agradeci-
miento. Yo pues, agradecido á la merced
que aquí se me ha hecho, no pudiendo
corresponder á la misma medida, conti-
eniéndome en los estrechos limites de mi
poderio, ofrezco lo que puedo y lo que
tengo de mi cosecha, y así digo que sus-
tentaré dos dias naturales en metad de ese
camino real que va á Zaragoza, que estas
señoras zagalas contrahechas que aquí es-
tán, son las mas hermosas doncellas y mas
cortesés que hay en el mundo, excetando
solo á la sin par Dulcinea del Toboso, úni-
ca señora de mis pensamientos: con paz sea
dicho de quantos y quantas me escuchan.
Oyendo lo qual Sancho, que con grande
atencion le habia estado escuchando, dan-
do una gran voz, dixo: ¿es posible que
haya en el mundo personas que se atrevan
á decir y á jurar, que este mi señor es lo-
co? Digan Vuestas Mercedes, señores pas-
tores ¿hay Cura de aldea, por discreto y
por estudiante que sea, que pueda decir
lo que mi amo ha dicho? ¿ni hay caballe-
ro andante, por mas fama que tenga de
valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo
aquí ha ofrecido? Volvióse Don Quixote
á Sancho, y encendido el rostro y colé-

rico, le dixo: ¿es posible, ó Sancho, que
haya en todo el orbe alguna persona que
diga que no eres tonto atorrado de lo mis-
mo, con no sé que ribetes de malicioso y
de bellaco? ¿Quien te mete á ti en mis
cosas, y en averiguar si soy discreto, ó
majadero? Calla y no me repliques, sino
ensilla, si está desensillado Rocinante: va-
mos á poner en efecto mi ofrecimiento, que
con la razon que va de mi parte puedes
dar por vencidos á todos quantos quisieren
contradecirla: y con gran furia y muestras
de enojo, se levantó de la silla, dexando
admirados á los circunstantes, haciéndoles
dudar si le podian tener por loco, ó por
cuerto. Finalmente habiéndole persuadi-
do que no se pusiese en tal demanda, que
ellos daban por bien conocida su agrade-
cida voluntad, y que no eran menester
nuevas demostraciones para conocer su áni-
mo valeroso, pues bastaban las que en la
historia de sus hechos se referian: con to-
do esto salió Don Quixote con su inten-
cion, y puesto sobre Rocinante, embra-
zando su escudo y tomando su lanza, se
puso en la mitad de un real camino, que
no léjos del verde prado estaba. Siguióle
Sancho sobre su rucio, con toda la gente
del pastoral rebaño, deseosos de ver en

que paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues Don Quixote en mitad del camino, como os he dicho, hirió el ayre con semejantes palabras: ó vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que Don Quixote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender, que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las Ninfas habitadoras destos prados y bosques, dexando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso: por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fuéron oídas de ningun aventureiro; pero la suerte que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quixote estaban, quando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que

si esperaban, les podia suceder algun peligro: solo Don Quixote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quixote: apartate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió Don Quixote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quixote le tuvo de desviarse, aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un Lugar, donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre Don Quixote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quixote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y Don Quixote á gran

prieta, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen, que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuviéron los apresurados corredores, ni hiciéron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quixote, y mas enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegáron, volviéron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida, ó contrahecha, y con mas vergüenza que gustiguieron su camino.

CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quixote.

Al polvo y al cansancio que Don Quixote y Sancho sacáron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda

halláron, en el márgen de la qual, dexando libres, sin xáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentáron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que el solía llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse Don Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobráron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quixote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déxame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, quando esperaba

palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dexarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Desá manera, dixo Sancho, sin dexar de mascar aprieta, no aprobará Vuesa Merced aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta: yo á lo ménos no pienso matarme á mi mismo: ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el Cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura, que la que toca en querer desesperarse como Vuesa Merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como quando despierte se halla algo mas aliviado. Hizolo así Don Quixote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo, que de mentecato, y dixo: si tú, ó Sancho, quisieses hacer por

mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te dieses trecientos, ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dixo Sancho: durmamos por ahora entrámbos, y despues Dios dixo lo que será. Sepa Vuesa Merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria, es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que quando ménos se cae me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo Don Quixote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrámbos, dexando á su albedrio y sin orden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos

continuos compañeros y amigos, Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volviéron á subir y á seguir su camino, dándose prisa para llegar á una venta, que al parecer una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quixote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped, si habia posada. Fueles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quixote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al Cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogieronse á su estancia: preguntó Sancho al huésped, qué que tenia para darles de cenar. A lo que el huésped respondió, que su boca sería medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las paxaricas del ayre, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que

con un par de pollos que nos asen tendrémos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenían asolados. Pues mandé el señor huésped, dixo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas, pida Vuesa Merced lo que quisiere. Desá manera, dixo Sancho, no faltará ternera, ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas; y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por otras delicadezas ¹⁷, y déxese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dixo Sancho ¹⁸, y dígame finalmente lo que tiene, y déxese de discurrir. Señor huésped, dixo ¹⁹ el ven-

teró, lo que real y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. Por mías las marco desde aquí, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dixo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae, no permite despensas, ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ó de nisperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado que oficio, ó que ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quixote, truxo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que

en otro aposento que junto al de Don Quixote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quixote: por vida de Vuesa Merced, señor Don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oído aler o escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal Don Gerónimo referido respondió: ¿para que quiere Vuesa Merced, señor Don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dixo el Don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas desplace, que pinta á Don Quixote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dixo: quien quiera que dixere que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que va muy léjos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del To-

boso, ni puede ser olvidada, ni en Don Quixote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quien ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de Don Quixote le dixo: ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quixote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballeria, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego: y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quixote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo: en esto poco que he visto, he hallado tres

cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leído en el prólogo: la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos, y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice, que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. Á esto dixo Sancho: donosa cosa de historiador por cierto, bien debe estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dixo Don Geronimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza el escudero del señor Don Quixote. Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dixo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la

historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho, dexárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á Don Quixote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabían que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quixote que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no ménos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó Don Juan á Don Quixote, que nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida, ó preñada, ó si estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quixote. Á lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada: y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulci-

nea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quixote los extraños sucesos de su historia, y así quedáron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse, que grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dexando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dixo: que me maten, señores, si el autor deste libro que Vuesas Mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria, que ya que me llama comilon, como Vuesas Mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Si llama, dixo Don Gerónimo; pero no me acuerdo en que manera, aunque sé que son mal sonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente. Créame Vuesas Mercedes, dixo Sancho, que el Sancho y el Don Quixote desta historia deben de ser otros, que los que andan

en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo Don Juan, y si fuera posible, se habia de mandar, que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quixote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alexandro, que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles. Retráteme el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quixote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quisiera que Don Quixote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudiéron acabar con él, diciendo, que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor, que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos

se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntáronle que adonde llevaba determinado su viage. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Dixole Don Juan, que aquella nueva historia contaba, como Don Quixote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré á la plaza del mundo la mentira desé historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo Don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dixo Don Quixote, y Vuesa Merced me dén licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dixo Sancho, quizá será bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote y Sancho se retiraron á su aposento, dexando á Don Juan y á Don Gerónimo admirados de ver la

mézcla, que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quixote y Sancho, y no los que describia su autor aragones. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle, que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quixote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que Don Quixote salio de la venta, informándose primero, qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas, ó alcornoques, que en esto no guarda la pun-

tualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dexó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quixote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias, que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la floxedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban: y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo Gordiano cortó el Magno Alexandro, diciendo: tanto monta cortar, como desatar, y no por eso dexó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á San-